

Vigilia. 23 Construcciones

Víctor Robledo

Del 2 de marzo al 8 de abril

La luz hace posible lo visible, abre el espacio frente a nosotros y facilita que nos desenvolvamos a través de él. Siendo evidente que su presencia le concede brillo y claridad al aspecto de las cosas y que su ausencia anula la visión, podríamos decir que la luz es lo único que percibimos. No obstante, si lo consideramos más detenidamente, la luz pasa siempre desapercibida. Lo que vemos son cosas, objetos, pero nunca la luz. La visión sólo es posible cuando el trayecto de la luz es interceptado por otro elemento, al cual le confiere su forma, pero si no hubiera algo que la refleje hacia nuestros ojos, no veríamos en absoluto. En definitiva: la presencia de la luz expone todo a la visión, menos a sí misma.

Si bien todos los medios de las artes visuales siempre han dependido de la luz como un complemento necesario, ninguno se ha configurado a partir de una relación tan intrínseca con ella como la fotografía. En el proceso fotográfico, el rastro de la luz reflejada o emitida por un objeto logra preservarse en su imagen, de tal manera que el registro obtenido no sólo equivale a una representación, sino a una huella de lo fotografiado.

Más allá de valerse de la luz para registrar una forma particular de la realidad, Víctor Robledo se ha dedicado a registrar la luz misma; es decir, a capturar el elemento esencial que le brinda su forma. Tratándose de una sustancia tan elusiva, su trabajo ha consistido en hallar y construir situaciones que la estimulen a realzar su presencia en el espacio. De esta manera, experimentando con las sutiles interacciones entre las propiedades de la luz y las cualidades de otros materiales, Robledo ha conseguido hacer de ella, y la experiencia de su contemplación, el tema central de su obra.

Siendo la luz un elemento primordial en la formación del mundo visible, al hacer de ella el objeto de sus fotografías, Robledo ha procurado que nuestra atención no se dirija hacia un aspecto específico de la realidad, sino hacia su esencia, invitándonos a reflexionar sobre la naturaleza y la consistencia de aquello que asumimos como real. En estas imágenes, la manera en que la luz ocupa un espacio, se proyecta sobre una superficie o se refleja en un pedazo de cristal, no sólo nos confronta con su materialidad efímera, sino con la nuestra, recordándonos nuestra presencia vital en el mundo físico –el que nos sostiene–, por más que insistamos en escapar mentalmente hacia una segunda realidad –ideológica, etérea e imaginaria–, donde solemos habitar.

A primera vista, estas veintitrés imágenes nos remiten a esos breves lapsus de la atención en los que, secuestrados por un ligero estado de ensueño, llegamos a sentirnos extrañamente abstraídos de la realidad. No obstante, cuando reparamos en que se trata de una documentación de las cosas más cercanas y ordinarias, de lo que está *realmente ahí*, tan próximo y efímero que pasa siempre desapercibido, reconocemos que su registro no puede sino provenir de un agudo estado de atención, en el que la sensación elemental de *ser* parte del mundo, y *estar* contemplando el paso del tiempo, se le ha revelado a su autor con especial contundencia.

Es por esto que ante las fotografías de Robledo se tiene la sensación de estar asistiendo a un instante de verdadera y auténtica *vigilia*; de ausentarse momentáneamente de todas las quimeras humanas; de reconectar, a través de una confrontación con situaciones mundanas y concretas, con una dimensión elemental, *más acá* de nuestras creencias ilusorias.

Por momentos, en la contemplación de estas imágenes, el sueño parece hacerse ligero, pero al final, cautivados por las asociaciones mentales que, como seres humanos, nos produce la más mínima sugestión, nos encontramos abstraídos de nuevo, de regreso en nuestro hábitat imaginario, y obligados a reconocer, que nunca conseguimos despertar del todo. Aun así, permanecen con nosotros las potentes revelaciones que conlleva el haber obtenido al menos un vistazo de aquel mundo primigenio; una experiencia con la que Robledo nos recuerda lo paradójica que es la realidad humana: tan real como ficticia, grandiosa e insignificante, vital e inexistente; nada y todo a la vez, como la luz misma.

Diego Uribe